

uno de los individuos de la familia; y he aquí por qué la encontramos en el convento del Gran San Bernardo.

El exterior de la señora General, comprendidas las faldas que entraban por mucho en la configuración de su persona, no dejaba de ser imponente, y hasta se pasaba de corpulento. Su rostro y su cabello tenían un aspecto algo harinoso, como si la dama acabase de salir de un molino; pero esto se debía más bien al exceso de creta que entraba en la arcilla terrestre de su construcción, que no á la costumbre de adobarse la tez. Los ojos carecían de expresión, sin duda porque la dama no tenía nada que expresar; y si en el rostro no se notaban muchas arrugas, esto consistía seguramente en que la señora General no había trazado nunca su nombre ni otra inscripción cualquiera en aquella fisonomía distinguida. Era una mujer fría, apática, abotargada, una especie de cirio apagado, que probablemente no se había encendido jamás. Por su instrucción, la dama distaba mucho de ser una notabilidad; pero en cambio era muy escrupulosa en cuanto se refiriese al decoro social.



CAPITULO III

El camino

A la mañana siguiente un sol brillante deslumbraba la vista; ya no nevaba; habíase disipado la bruma; y el aire de la montaña era tan puro y ligero, que al respirarlo creíase recobrar nueva vida. Para mayor ilusión, la misma tierra parecía haber desaparecido, pues la montaña, majestuoso desierto donde se elevaban inmensas moles blancas, asemejábase á una región de nubes flotando entre el azul del cielo y la lejana tierra.

Algunos puntos negros destacándose sobre la inmensa alfombra de nieve, indicaban los diversos sitios donde los hermanos abrían senderos; los mozos se ocupaban activamente en cargar los mulos; y por donde quiera oíanse los gritos de los guías y de los jinetes. Los viajeros más madrugadores habían emprendido ya la marcha por la inmediación del lago sombrío que se divisaba desde el convento; y á lo largo de la vertiente que nuestros viajeros escalaran la víspera, veíanse figuras de hombres y de animales, que en medio de aquel

inmenso paisaje parecían miniaturas y que se alejaban al compás de un concierto de campanillas.

En el refectorio de los viajeros habíase preparado un sencillo almuerzo compuesto de pan, leche y manteca para la familia Dórrit, y el correo se ocupaba en hacer el té. Enrique Gowan y Blandois de París, habían almorzado ya y paseábanse por la orilla del lago fumando un cigarrillo.

—¡Ah!—exclamó Eduardo Dórrit, que estaba hojeando el libro de los viajeros,—parece que ese señor tan impertinente se llama Gowan; esto es el nombre de un perrillo... Si valiera la pena le estiraría las orejas; pero, afortunadamente para él, no merece que le hagan caso. ¿Cómo está su señora, Amy? Tú debes saberlo, porque siempre te arreglas para enterarte de estas cosas.

—Está mejor, Eduardo; pero esos señores no se marchan hoy.

—¿Que no se marchan? Vamos, veo que ese animal tiene suerte..., de lo contrario, hubiera podido pedirle una explicación.

—Han considerado—añadió la niña Dórrit,—que valdría más dejarla descansar hoy que exponerla á las fatigas del viaje.

—A fe mía, estás tan enterada como si hubieses sido su enfermera. Espero que no vuelvas á recaer (ahora puedo decirlo porque no está aquí la señora General,) en tus antiguas costumbres, Amy.

Al decir esto, el joven dirigió á Fanny y á su padre una mirada maliciosa.

—He ido á preguntar á esa señora,—repuso la niña Dórrit,—si podía servirla en algo; y nada más, querido Tip.

—Te ruego una vez más—replicó el joven caballero,—que no me des ese nombre; he aquí otra de tus antiguas costumbres que debes olvidar.

—Lo he dicho sin pensar, querido Eduardo.

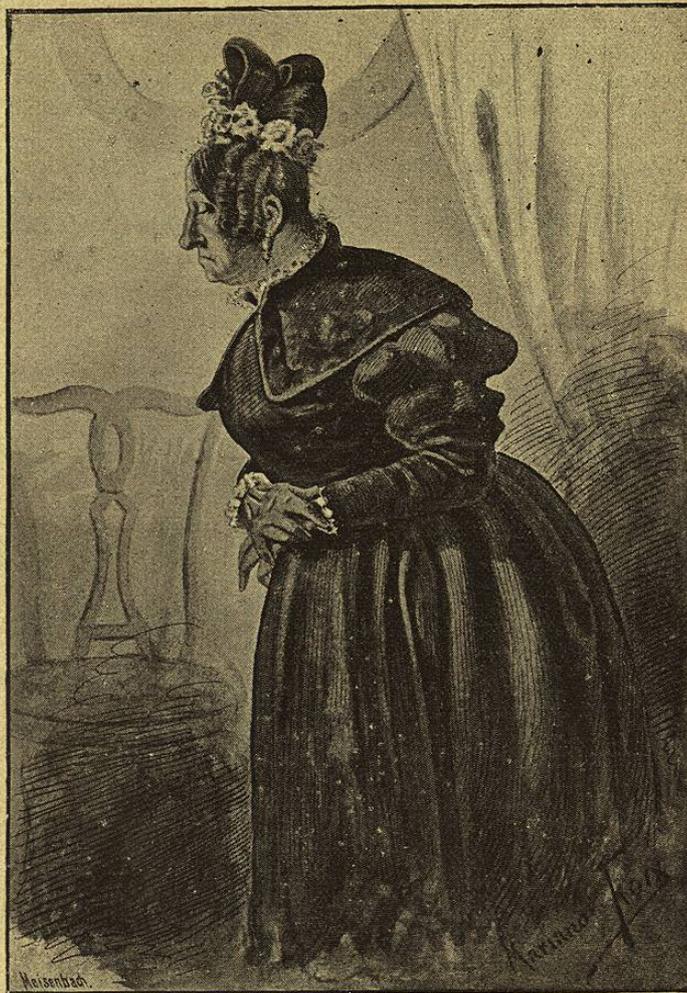
—¡Bah!—exclamó Fanny;—sé muy bien por qué te interesa esa señora Gowan; á la vista se trasluce.

—Puede ser; mas no veo razón para que te incomodes, Fanny.

—¡Cómo no me he de incomodar! Necesitaría más paciencia de la que tengo.

—Fanny—preguntó el señor Dórrit frunciendo el entrecejo,—¿qué pretendes decir? Explícate.

—¡Oh! no haga usted caso, papá—replicó Fanny;—es poca



La señora General

cosa. Amy me comprende perfectamente, pues conocía á esa señora Gowan ó por lo menos había oído hablar de ella antes de nuestro encuentro de ayer. No creo que lo niegue.

—Hija mía—dijo el señor Dórrit volviéndose hacia la culpable,—¿está tu hermana... ¡hem!... autorizada á sostener semejante aserto?

—Parece—dijo Fanny sin dar á su hermana tiempo de contestar,—que sabemos introducirnos en la habitación de otras personas á riesgo de perecer de frío. Nada me costaría adivinar quién es el amigo de la señora Gowan.

—¿A quién te refieres?—preguntó el padre.

—Esa señora—repuso Fanny,—es seguramente amiga de cierto individuo poco recomendable, que con una falta de delicadeza, que á decir verdad podíamos esperar de él, nos humilló é insultó en cierta ocasión de que hemos convenido no hablar más.

—Amy, hija mía—dijo Dórrit con dulce severidad,—¿es verdad esto?

La niña Dórrit contestó afirmativamente.

—¡Ya lo ve usted!—exclamó Fanny;—esto es vergonzoso, y nunca conseguiremos que nuestra servidumbre nos respete. Teniendo dos camareras, el criado de papá, el lacayo, el correo y los demás servidores, aun se ha de dar el caso de que una de nosotras acuda á ofrecer un vaso de agua, cual si fuese una doméstica, como lo hizo ayer Amy en esta misma sala.

—Aun esto se podría tolerar por una sola vez—añadió Eduardo;—pero tratándose de aquel individuo que se llama Clennam, ya es otra cosa.

—No hablemos de ese hombre—dijo Fanny,—que tanto empeño tuvo en trabar relaciones con nosotros, y que después nos insultó groseramente, poniéndonos en ridículo. Ahora nosotros nos rebajamos para servir á sus amigos, y por lo tanto no extraño que ese señor Gowan haya sido tan insolente con Eduardo.

—Padre... Eduardo...—dijo la niña Dórrit para excusarse;—aseguro á ustedes que el señor Gowan y su esposa no conocen siquiera nuestro nombre, ni mucho menos nuestra historia.

—Hija mía—repuso el padre,—te ruego que no se hable más del asunto; Fanny se expresa tal vez con demasiada energía, pero en el fondo tiene mucha razón. En cuanto al señor Clennam, debo decirte, Amy, que no participo, al menos en todo,

de las ideas de tu hermana respecto á... á ese industrial... consentimiento en considerarle como una persona que... ¡hem!... se porta bien, generalmente... bastante bien. No preguntaré si en una época cualquiera ha tratado el señor Clennam de... trabar relaciones conmigo... ¡hem!... por un medio ú otro. Ya sabía él que... ¡hem!... se buscaba mi sociedad, y podía pretextar que me consideraba como un personaje público; pero ciertas circunstancias han señalado mis relaciones... ¡hem!... poco frecuentes con el señor Clennam, á quien sólo he conocido muy por encima, por lo cual sería... muy inconveniente de parte de ese industrial... toda tentativa para reanudar las relaciones conmigo, ó con cualquiera de los míos en las circunstancias actuales. Si el señor Clennam tiene delicadeza suficiente para reconocer la inconveniencia de semejante tentativa, en mi calidad de caballero respetable... ¡hem!... debo apreciar su rectitud; pero si ese... industrial carece de ella, no podré... ¡hem!... mantener relación alguna con una persona... ¡hem!... tan grosera. En todo caso, es evidente que debemos prescindir de ese señor Clennam, porque nada tenemos que ver con él, ni él con nosotros... ¡Ah! aquí viene la señora General.

La llegada de la persona que el señor Dórrit acababa de nombrar puso fin á la discusión. Todos tomaron asiento á la mesa, y poco después presentóse el correo para anunciar que el ayuda de cámara, los lacayos, las dos camareras, los cuatro guías y las catorce mulas esperaban ya para emprender la marcha. Los viajeros bajaron al punto.

El señor Gowan se había alejado un poco de la puerta del convento para dibujar; pero Blandois esperaba en el umbral á fin de ofrecer sus respetos á las damas. Cuando se descubrió cortésmente, saludando con su sombrero de anchas alas á la niña Dórrit, parecióle á ésta que el aspecto de aquel hombre era más siniestro aun en medio de la nieve que al resplandor del fuego de la víspera; pero como su padre y su hermana correspondían á sus agasajos, abstuvo de manifestar la aversión que le inspiraba el viajero.

A costa de no pocos esfuerzos habíase conseguido que Federico Dórrit, el tío de las señoritas, llevase como otro cualquiera la ropa que se le daba é hiciera algunas abluciones en honor de la familia, presentándose en todas partes con aparente satisfacción, como si el aire y el cambio de vida le sentaran bien. En todo lo demás, el pobre Federico Dórrit sólo brillaba por el reflejo de su hermano; silencioso y tímido, jamás abría la boca cuando podía limitarse á escuchar al señor

Guillermo Dórrit, y poco le importaba que los criados se cuidasen ó no de él con tal que atendieran en todo á su hermano. La única particularidad que más se notaba en el tío era su marcada simpatía por la niña Dórrit; cuando debía montar á caballo ó apearse del coche, el buen anciano era el primero en ofrecerle la mano, y aprovechaba todas las ocasiones para manifestarle su deferencia. Mostrábase tan celoso del respeto que se debía á su predilecta, que al regresar del San Bernardo, montó en cólera una vez porque á un lacayo se le olvidó tener el estribo á la niña Dórrit.

Nuestros viajeros ostentaban tal aparato con su servidumbre, que nada tenía de particular que los dueños de las posadas se inclinasen hasta el suelo para recibirlos; su importancia los precedía en la persona del correo, que se adelantaba siempre para cuidar de que las habitaciones estuvieran preparadas. En primer término iba la berlina de viaje, ocupada por el señor Dórrit, sus hijas y la señora General, y algunos servidores en el pescante y la trasera; seguía el cupé destinado para el tío y Eduardo; y cerraba la marcha el furgón con los bagajes y el resto de la servidumbre.

Todo esto llenó en parte el patio del hotel de Martigny cuando la familia Dórrit regresó de su excursión á la montaña; otros vehículos ocupaban también aquel sitio, porque era grande la afluencia de viajeros; pero en el hotel había otra cosa con lo que el señor Dórrit no había contado de ningún modo: eran dos viajeros que embellecían con su presencia una de las habitaciones alquiladas para la familia.

El posadero, que estaba en el patio, gorra en mano, parecía muy afligido y excusábase con el correo, diciéndole entre otras cosas que no debía haber sido condescendiente, pero que la dama tenía un aspecto tan distinguido y le había suplicado de tal modo que la dejase ocupar la habitación sólo media hora, que le faltó valor para resistir. Transcurrido este tiempo, la señora y el caballero que la acompañaba, después de tomar los postres y su taza de té, habían pagado la cuenta, dando orden de enganchar; pero desgraciadamente para el posadero, aún estaban allí.

Difícil sería dar una idea de la indignación del señor Dórrit, que se había acercado para escuchar aquellas excusas, y á quien debió parecer que la mano de un asesino acababa de descargar un golpe contra el honor de su familia. El sentimiento de su propia dignidad llegaba á tal extremo, que veía

en aquella falta un insulto premeditado. Su existencia era por esta causa una prolongada agonía, pareciéndole ver en todas partes escalpelos destinados á disecar su dignidad.

—¡Es posible—gritó el señor Dórrit,—que haya tenido usted la audacia de permitir á unos extranjeros instalarse en mi habitación!

El buen hombre pidió mil perdones, suplicando á Dórrit que no se encolerizara, y rogándole se sirviese ocupar durante cinco minutos otro salón que tenía reservado.

—No, señor—contestó el caballero,—no ocuparé ningún salón, y saldré de esta casa sin probar bocado. ¿Cómo se entiende semejante atrevimiento? ¿Por quién me toma usted... ¡hem!... para tratarme de un modo distinto que á los demás caballeros?

El posadero repitió sus excusas, asegurando que no le diferenciaba de los demás caballeros sino para reconocer que el señor era el más distinguido, el más generoso y el más ilustre de todos.

—¡No me venga usted con cuentos!—replicó el señor Dórrit temblando de cólera,—me ha faltado usted al respeto que se me debe, infiriéndome un grave insulto, y no me ha tratado... ¡hem!... como á los demás caballeros. Yo quisiera saber por qué... ¡hem!... y con qué autoridad ha procedido así... quiero saberlo; explíquese usted.

El posadero pidió permiso para explicar al correo que el señor, siempre tan amable, se irritaba sin motivo, y que ya le había manifestado que la dama era tan distinguida...

—¡Silencio!—gritó el señor Dórrit.—¡Cállese usted! No quiero oír hablar más de esa dama tan distinguida, ni escucharle á usted. Esa familia que ve usted ahí... mi familia, es más distinguida que todas las damas del mundo; y usted ha faltado al respeto á esta familia con increíble insolencia. Le arruinaré á usted... ¡hem!... ¡Que vayan á buscar los caballos para enganchar inmediatamente! No quiero estar un momento más en casa de este hombre.

En esta disputa nadie había intervenido sino Fanny, para apoyar á su padre; los guías y conductores, y todos los curiosos que habían presenciado aquella explosión de cólera, no dejaron de experimentar cierta impresión al ver al correo ir y venir para sacar los coches. Con ayuda de algunos brazos, pronto se hizo esto, y empezóse á cargar los equipajes, mientras que se iba á buscar los caballos.

El cupé de viaje de la dama muy distinguida esperaba ya

á la puerta, y el posadero se había equivocado para ir á dar á conocer á sus dos huéspedes el apuro en que se hallaba. Los curiosos pudieron comprenderlo así al ver al buen hombre bajar la escalera detrás de la dama y su acompañante, á quienes mostraba con un ademán muy expresivo la majestad ofendida del señor Dórrit.

—Mil perdones—dijo el caballero, dejando á la dama y adelantándose solo;—yo no sé lo que es hablar largo, ni entiendo mucho en lo de dar explicaciones... pero á la señora á quien acompaño no le gustan los altercados. Esta dama..., que es mi madre... desea que manifieste á usted su deseo de que no haya altercado.

El señor Dórrit hizo un saludo rígido y nada conciliador.

—¡Ah! ¡hola, camarada!—exclamó el joven extranjero al divisar á Eduardo Dórrit, hacia el cual se precipitó como el que encuentra un auxilio inesperado.—Veamos si entre los dos podemos arreglar este asunto. Esta señora tiene un gran empeño en no reñir con nadie.

Eduardo Dórrit, á quien su interlocutor había separado de la familia, tirando de uno de los botones de su gabán, procuró tomar cierto aire de gravedad para responder.

—Ya comprenderá usted—dijo,—que cuando se alquilan varias habitaciones de antemano, no es nada divertido hallarlas ocupadas por personas á quienes no se conoce.

—No—contestó el otro,—lo sé muy bien, y lo reconozco así; pero es igual. Tratemos de arreglar el asunto usted y yo, evitando que haya ruido. Ese pobre hombre no tiene la culpa, y sí mi madre, que como mujer notablemente hermosa y bien educada, ha sabido persuadir al individuo, sobornándole completamente.

—Si es así...—comenzó á decir Eduardo Dórrit.

—Nada más exacto—interrumpió el joven caballero,—palabra de honor, y de consiguiente, ¿á qué hacer ruido?

—Edmundo—dijo la dama desde el umbral de la puerta,—espero que habrás explicado, ó explicas á satisfacción de ese caballero y de su familia, que este obsequioso posadero no tiene culpa alguna.

—Señora, hago todos los esfuerzos imaginables para conseguirlo, palabra de honor.

Al decir esto miró fijamente á Eduardo Dórrit por espacio de algunos segundos y exclamó luego, en un ímpetu de súbita confianza:

—¡Vamos! compañero, ¿está arreglado ya?

—Bien mirado—añadió la dama, adelantándose dos ó tres pasos hacia el señor Dórrit,—no sé si sería mejor decir á usted yo misma que he prometido á ese buen hombre responder por él de mi imprudencia al tomarse la libertad de ocupar la habitación de un viajero ausente, aunque sólo el tiempo necesario para comer. No suponía yo que el propietario legítimo pudiera volver tan pronto, ni menos pensaba que hubiese regresado, pues de otro modo habría salido ya de mi sala, para dar á usted con mis excusas esta breve explicación. Espero que al hablarle así...

La dama, que se había puesto el lente, quedó de pronto muda é inmóvil al fijar la vista en las señoritas Dórrit; y en el mismo instante, Fanny, colocada en primer término del majestuoso grupo que la familia formaba con su séquito, oprimió con una mano el brazo de su hermana para impedir que se moviese, mientras que con la otra abanicábase desdefiosamente, mirando á la dama de pies á cabeza.

La dama, que no era otra sino la señora Merdle, reponiéndose muy pronto de su sorpresa, añadió que esperaba haber dicho lo bastante para excusar la libertad que se había tomado.

El señor Dórrit, para quien todas aquellas frases eran incienso puro ofrecido ante el altar de su dignidad, contestó amablemente, diciendo que sus criados... ¡hem!... iban á introducir de nuevo los carruajes en la cochera, y que él... ¡hem!... olvidaría una circunstancia que si bien tomó al principio como una afrenta, considerábala ahora como un honor.

Entre tanto el joven Sparkler había quedado tan mudo de sorpresa, que su madre, después de saludar á las señoritas Dórrit con una sonrisa, como si no las conociese, debió llamarle dos veces para que le diese el abrazo.

Esté encuentro complació tanto á Fanny, que en adelante se mostró mucho menos quisquillosa; y cuando al día siguiente se prosiguió la marcha, subió al coche con tal alegría y buen humor que asombraron á la señora General.

La pobre Amy no parecía haberse acostumbrado aun á su nuevo género de vida; extrañábalas no tener trabajo alguno, ni verse obligada á combinar planes para proporcionar alguna comodidad á su familia; y sobre todo apenas podía avenirse á que otras personas cuidaran de su padre, tanto que trató de volver á desempeñar sus antiguas funciones; pero el anciano la habló particularmente sobre este punto, diciéndole:

—Las personas que ocupan una posición elevada deben

exigir... ¡hem!... de sus servidores el más escrupuloso respeto; y si se supiera que la señorita Amy Dórrit, hija de la única rama existente de los Dorretshire, se ocupaba... ¡hem!... en llenar las funciones... ¡hem!... de ayuda de cámara, esto sería incompatible con el respeto necesario. En su consecuencia, hija mía, debes recordar... ¡hem!... que en adelante eres una señora, y como tal debes conducirte... ¡hem!... con una dignidad conveniente á tu posición, absteniéndote de todo cuanto pueda dar origen á reflexiones desagradables.

La pobre Amy había obedecido sin murmurar; pero todo le parecía un sueño, y los más bellos cuadros de la naturaleza no le hacían olvidar un momento su vida pasada. Las gargantas del Simplón, sus profundos abismos, sus rápidas cataratas, ruidosas como el trueno; los peligrosos pasos de las montañas; el descenso hacia Italia, el hermoso país donde se penetraba por una ancha grieta... todo esto era un sueño... Para la pobre Amy no había más que una realidad, la cárcel de la Mariscalía, aunque á veces se preguntaba si era posible que aún estuviesen allí aquellos pobres presos que paseaban por el reducido patio, y aquel carcelero invisible que tan celosamente los vigilaba.

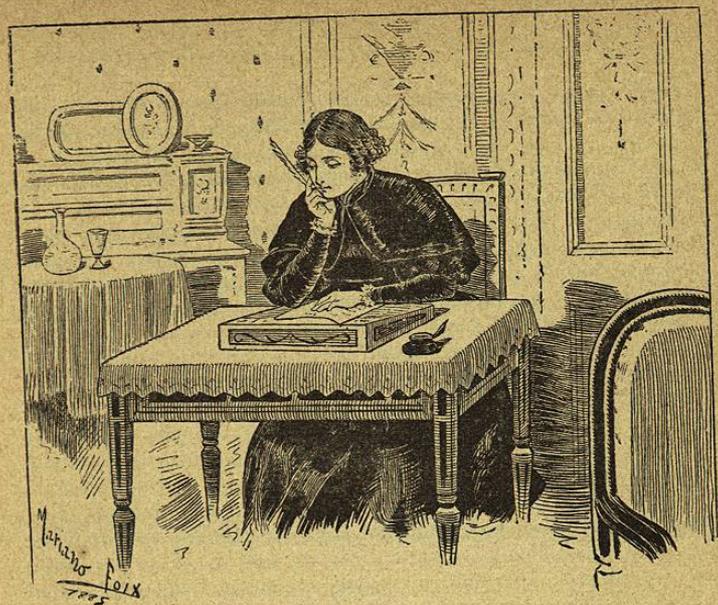
En cuanto al señor Dórrit, era hombre á quien agradaba hacer las cosas en grande, con la mayor ostentación posible, en lo cual le secundaban Fanny y su hermano. La familia se detenía á veces en ciertos sitios toda una semana, alojándose en magníficas habitaciones y organizando un banquete cada día. Después, los Dórrit continuaban su marcha para dirigirse á otra ciudad, visitando en todas partes cuantas maravillas fuesen dignas de verse.

Al fin la familia llegó á Venecia, y como se proponía pasar algunos meses en esta ciudad, alquiló un inmenso palacio á orillas del Canal Grande. Este fué el sueño más increíble para Amy, pues nunca hubiera podido creer que existiese una ciudad donde el agua era el pavimento de las calles, y donde sólo el tañido de las campanas, el murmullo de las ondas y los gritos de los gondoleros interrumpían el lúgubre silencio de los días y las noches. La familia disfrutó aquí de una existencia muy animada, visitándolo todo, y haciendo de la noche día; pero la tímida niña Dórrit, desconsolada por no tener en qué ocuparse, no tomaba parte en ninguna diversión y prefería quedarse sola.

Cuando la joven conseguía eludir los servicios tiránicos de su camarera, que más bien era su ama, y por cierto muy exi-

gente, metíase en una de las góndolas amarradas á la puerta del palacio, siempre á disposición de la familia, é iba á visitar todos los rincones de aquella extraña ciudad. Algunos paseantes que la encontraban á menudo preguntábanse quién era aquella pequeña joven que siempre iba sola, mirando á su alrededor con aire sorprendido. Otras veces, la excosturera se complacía en permanecer en su sitio favorito, que era un gran balcón de piedra, ennegrecida por los años, de estilo oriental; la niña Dórrit parecía allí aun más pequeña de lo que era, y como siempre ocupaba el mismo puesto, los paseantes se acostumbraron á verla, tanto que al pasar por delante del balcón nunca dejaban de levantar la cabeza para mirarla, y más de cuatro murmuraban: «¡La inglesita!... ¡siempre tan sola!»

Pero la joven parecía no verlos; absorbíase en muda contemplación cuando los últimos rayos del astro rey iluminaban los magníficos paisajes; miraba después las negras góndolas que pasaban por debajo de su balcón, conduciendo á los convidados al concierto ó al baile; y al fijar su vista en las estrellas, pensaba que eran las mismas que habían brillado cierta noche que ella fué á un baile imaginario, aquella noche que debió pasar junto á la verja de la prisión, sirviendo de almohada á la pobre Maggy. Y entonces acordábase también de todos los incidentes de otra época de su existencia, y fijando su vista en las aguas, absorta en sus reflexiones, imaginaba que la corriente iba á retirarse, dejando ver la Mariscalía, los presos que la ocupaban, sus visitantes, y todas las positivas y permanentes realidades que no habían cambiado jamás.



CAPITULO IV

Una carta de la niña Dórrit

«Querido señor Clennam: Le escribo en mi propia habitación, en Venecia, pensando que le agrada recibir noticias mías; de todos modos, sé que no puede usted tener tanto gusto en recibir mi carta como el que yo tengo en escribírsela, pues nada ha cambiado en cuanto le rodea, ni echa usted de menos alguna cosa... como no sea mi ausencia, lo cual no le sucederá seguramente sino á largos intervalos y sólo por espacio de algunos minutos...; mientras que en mi nueva existencia, por demás extraña, me faltan muchas cosas.

»Cuando estábamos en Suiza (me parece que le hablo de años atrás aunque sólo han transcurrido algunas semanas,) encontré á la señora Gowan, que había emprendido, como nosotros, una excursión á los Alpes; y entonces me encargó que escribiese á usted para darle las más afectuosas gracias, diciéndole que no le olvidaría jamás. Esta señora me mani-